

L'Ecuyer, C. (2020).

Montessori ante el legado pedagógico de Rousseau.

Polonia, Amazon, 353 pp.

El método Montessori y el naturalismo de Rousseau

Estamos ante un libro escrito por Catherine L'Ecuyer en el que se profundiza en la vida, la obra, el momento histórico y los elementos que definen la pedagogía de María Montessori (1870-1952). Y uno de los asuntos que centra la investigación de este trabajo es consignar la distancia que existe entre María Montessori y la corriente del naturalismo de Rousseau que, desde su texto *Émile ou De l'éducation* (1762), inspira las pedagogías de la Escuela Nueva. El antiintelectualismo inspirado en Rousseau chocaba con los planteamientos educativos de Montessori pues la pedagoga italiana siempre se desmarcó del emotivismo de estas pedagogías heredadas del pensador francés de la Ilustración. El niño para Montessori no campa en la escuela a sus anchas imponiendo su inocencia, como le gustaría a Rousseau, sino que anda concentrado en silencio, resolviendo los materiales que, bien preparados, le plantean retos estimulantes. Es un niño que trabaja en lo que parece un juego cuando en realidad es una tarea esforzada que desemboca en el conocimiento. La actualidad de Montessori radica en que se desmarca de las aporías estériles de la pedagogía actual, que se mueve, a veces confusamente, entre el conductismo y el constructivismo, entre la pedagogía activa y pasiva sin matices. Montessori supera estos caminos, a menudo retóricos, para ofrecer una tercera vía más serena, a tenor de la investigación de L'Ecuyer.

Centrémonos es un aspecto de este libro: el Método. Nos ayudará a entender elementos de la globalidad de la obra de esta pedagoga italiana. El Método Montessori apenas ha cambiado en los últimos cien años. Unos dirán porque es dogmático, otros afirmarán que es inflexible y rígido. Unos terceros, aquellos que lo traducen en la práctica diaria de las aulas con fidelidad a su autora, señalarán que es altamente coherente, que está bien trazado, obtiene resultados y los niños progresan en su autonomía, atentos, camino de un aprendizaje que les llena de un fuerte sentido de la auto-eficacia. Y es que los alumnos quieren aprender. Esta tercera postura considera que los alumnos deciden libremente trabajar relajados –el gozo y el silencio es una característica de estas escuelas– descubriendo que son capaces de realizar tareas desafiantes con éxito. La repetición de sus tareas genera en ellos unos hábitos en los que el material está pensado para que se descubran los errores en la secuencia de su ejecución (control de error). En esta

dirección hay que afirmar que el Método Montessori va progresivamente desde lo concreto y sensorial hacia lo abstracto y mental a través de estos materiales creados para este fin.

El niño aprende primero con el cuerpo (*embodied cognition*: ojos, mano, tacto, motricidad y movimiento) y luego interioriza estas percepciones en procesos paulatinamente más razonados, donde los datos de la experiencia directa construyen las categorías del entendimiento. Y la clave empieza en que estas tareas son resultado de la observación acumulada durante años por Montessori. La pedagoga contemplaba cómo se comportaban los niños ante determinados retos sensoriales y cómo estos materiales les iban proporcionando la capacidad de razonamiento en función de su fidelidad a los periodos sensitivos. Así, cada material está pensado para cultivar el desarrollo de cada periodo sensitivo. De este modo aprenden a escribir y a leer en el periodo sensitivo del lenguaje de un modo fónico y táctil: resiguiendo con los dedos letras de madera y asociándolas con sus sonidos. El silencio es un elemento más de la armonía y el orden del aula Montessori. Esta armonía se refleja en que el aula está diseñada a la medida del niño, de su altura, de sus brazos, de sus manos. A diferencia de una escuela conductista, el alumno del Método Montessori se autorregula, se auto-organiza, marca sus ritmos espontáneamente eligiendo primero los materiales, resolviéndolos luego, reordenándolos después en sus estantes. Y lo hace sin interferir en las tareas de los compañeros. Es una obediencia activa, reflexiva, que consolida la capacidad de gobernarse a sí mismo. En ese sentido, existe en Montessori una pedagogía del esfuerzo y de la voluntad en la que cada niño elige libremente lo que quiere hacer sin ser esclavo del capricho. Se ejercita constantemente en una atención selectiva donde nada le distrae y puede estar trabajando, aprendiendo, complaciéndose durante periodos de hasta tres horas. Hoy, la atención de un niño en la escuela es un bien escaso. El recurso constante a las pantallas sería una sobrealimentación de la motivación extrínseca que luego deja al niño saciado y disperso. El Método Montessori genera la tan valiosa motivación intrínseca. El currículum es reconocible y viable: el lenguaje, las matemáticas, la geometría, la geografía, la historia, la biología, etc. Existen unos contenidos prefijados que hay que alcanzar ordenadamente y que la experiencia dice que son asequibles. En algunas escuelas, el currículo, los contenidos, la transmisión, desaparecen en aras de secundar los intereses a menudo limitados de los niños.

Hablemos finalmente del proceso de normalización del niño. Cuando el niño llega a la escuela Montessori trae consigo un temperamento, unas inclinaciones que apuntan a cierto desorden. Quiere dominar e imponer su criterio caprichoso, como cualquier niño dejado a sus anchas. Normalizar al niño supone armonizar su vida con el exigente y atractivo proceso de aprendizaje que se inicia en la Educación

Infantil y Primaria. Y que continúa con la Educación Secundaria y Superior. Si emprende ese camino será progresivamente cortés, respetuoso y autónomo. De ese modo respetará el silencio, no alborotará, cuidará de sus compañeros y también del entorno material con tacto e higiene. Para Montessori está alcanzando la normalización, objetivo ausente en la pedagogía romántica de Rousseau, según la cual el niño llega a la escuela para ser él mismo. El abismo que hay entre Rousseau y Montessori se hace evidente en estas dos ideas. Mientras el pensador francés señala que la “la única costumbre que hay que enseñar a los niños es que no se sometan a ninguna”, la pedagogía italiana consigna que “la repetición es el secreto de la perfección”.

Ignasi de Bofarull
 Universidad Internacional de Cataluña

Sales, A. y Moliner, O. (Eds.) (2020).

La escuela incluida en el territorio. La transformación educativa desde la participación ciudadana.

Barcelona, Octaedro, 116 pp.

No se me ocurre mejor argumento, si es que tratara de convencer sobre la lectura de un libro que, ya por su título, interpela a toda persona que se acerque, curiosa, a ojearlo, que invocar un hito insoslayable que afecta a la pedagogía en todas sus ramas de estudio: la reciente aprobación de la conocida como Ley Celaá, la LOMLOE. En efecto, se avcina una etapa de expectación, tras un par de años muy inciertos condicionados por la cruel pedagogía de la COVID, como señalara Boaventura de Sousa (<https://www.bbc.com/mundo/noticias-53219916>), que ha convertido la heurística de la disrupción en una necesidad para entender todas las manifestaciones educativas y sus consecuencias.

Expectación en cuanto a los cambios organizacionales y curriculares de los diferentes niveles educativos, desde infantil hasta la universidad, que van a ir tomando forma y concretándose. Y es aquí donde, de nuevo, resurgirá el paradigma de la innovación educativa como fermento recalitrante que dará sentido al mismo hecho pedagógico.

Y también aquí es donde quizá quepa recordar, con Victoria Camps, que innovar es discernir qué hay de lo aprendido que convenga conservar, y de qué